

Transmitir el Mando

Límites de un Estilo

POR LORENZO MEYER

UNOS de los momentos en que cualquier sistema político muestra su verdadera naturaleza y calidad es durante el proceso de sucesión en el liderazgo. No hay que ir muy lejos en el tiempo o en el espacio para ver los estragos de un sistema que no sabe cómo manejar la transmisión del mando. Por más de un siglo después de la entrega que hizo Guadalupe Victoria a su sucesor, los mexicanos no dimos pie con bola en este refinado arte de ceder el lugar en la silla presidencial al sucesor de manera ordenada y elegante.

El nuevo régimen que surgió de la Revolución de 1910 no encontró fácil cumplir con las reglas formales que él mismo se dio para decidir quién y cómo sucedía al presidente en turno. Después de varios intentos fallidos, el problema pareció quedar definitivamente resuelto al gusto del grupo gobernante en 1958.

★

COMO se recordará, en esa ocasión —y por primera vez desde el triunfo de Madero— ningún político del partido dominante buscó abiertamente ocupar el lugar que dejaba vacante el presidente saliente, Adolfo Ruiz Cortines.

La fórmula de 1958 sirvió estupendamente por cinco sexenios, pero desafortunadamente tenía un defecto de origen: había una contradicción entre las reglas formales de la elección de presidente —las reglas propias de una democracia liberal— y las reglas reales. Estas últimas eran las propias del autoritarismo, que además de asegurar de antemano el triunfo del partido oficial en las urnas, excluían la

participación de los militantes de ese partido —el PRI— en la designación de la persona a quien iban a tener que apoyar y obedecer sin reservas a partir del momento en que se les informara —por boca de uno de los líderes del partido— por quien de entre los miembros del gabinete se había inclinado finalmente la inescrutable voluntad presidencial. La contradicción entre las reglas formales y reales no impidió que el mecanismo funcionara casi a la perfección, pero en el trasfondo, como un peligro latente, estaba agazapada la ilegitimidad, esperando las circunstancias adecuadas para saltar al centro de la arena. Y

eso es justamente lo que ahora ha ocurrido.

Dice el dicho que "todo por servir se acaba", y no hay duda que el estilo de sucesión presidencial inaugurado por Ruiz Cortines ya se está acabando. Los graves errores que en materia de política económica y social se cometieron en lo pasado (el origen de tales males no está sólo en los dos sexenios pasados, sino más atrás), hicieron que disminuyera notablemente el grado de tolerancia de una buena parte de los sectores políticamente activos de la sociedad frente a la contradicción entre el ser y el deber ser del sistema político.

★

PARA ponerlo de una manera simple y contundente, resulta que a raíz de la crisis económica iniciada hace cuatro años, cada vez son más los mexicanos con opiniones propias sobre la cosa pública, que consideran que la política se ha convertido en un asunto demasiado importante para ellos en lo personal y para la sociedad en su conjunto, como para dejarla exclusivamente en manos del presidente. Y uno de los puntos en donde esos mexicanos quieren tener algo que decir, es justamente en los procesos de selección de los candidatos de los partidos políticos —empezando por el presidencial— y luego en los procesos de elección entre los candidatos de esos partidos.

En 1968 una parte importante de los sectores medios urbanos exigió al Presidente Díaz Ordaz algo que en la forma parecía inocuo pero que en el fondo era subversivo: el respeto a las normas constitucionales, es decir, el fin de la contradicción entre las reglas formales y las reales. Hoy, de manera muy distinta, esos mismos sectores medios, a los que se han sumado otros nuevos, están exigiendo una participación efectiva en los procesos de toma de decisiones políticas a la que, según los documentos, fundamentales de nuestro pacto social, tienen derecho pero que en la práctica se les ha negado desde hace mucho.

Hasta hoy, la dirigencia del partido y del gobierno se muestra sorda a este reclamo. Algunas de sus reacciones defensivas son patéticas, por no decir ridículas. Así, en su acostumbrada rueda de prensa, la se-

Transmitir el Mando

Sigue de la página siete

mana pasada, Fidel Velázquez —la encarnación misma del sistema— señaló paladinamente que en México “el Presidente de la República en turno no decide quién lo va a suceder” o que el único voto que el Presidente emite en relación a su sucesor es “el que va a depositar en las urnas como todo ciudadano”. ¿Por quién toma don Fidel a sus oyentes? Obviamente por estúpidos, pero resulta que el viejo líder obrero se equivoca; esos oyentes ya no son iguales a los de hace veinte o treinta años, cuando declaraciones como esas u otras igualmente increíbles, las podía hacer impunemente. Hoy día, responder como lo hace don Fidel a una demanda generalizada por hacer de la selección de todos los candidatos presidenciales un proceso abierto, resulta contraproducente. Tampoco resultan ya muy adecuadas reacciones como las de Beatriz Paredes, que pese a su calidad de miembro impor-

tante del partido gobernante, responde así a una pregunta sobre la sucesión presidencial: “Juzgo innecesario asumir reflexiones que no me corresponden”. ¿No le corresponde a los miembros del PRI reflexionar sobre quién puede, y debe, de ser el candidato que van a postular y apoyar? Entonces, ¿cuál es la diferencia en el PRI entre un político y una avestruz con miedo?

Dónde se ha visto un partido supuestamente democrático —como dice ser el PRI— en donde prácticamente ninguno de sus cuadros se atreve a pronunciar en público sus preferencias en relación a los candidatos. Es más, en el PRI casi nadie puede hacer la lista de los precandidatos a la luz del día (la excepción es Jesús Salazar Toledano). La situación se ha vuelto tan grotesca, que ahora resulta que mejor la Coparmex —es decir, los empresarios— es capaz de hacer una presentación y una evaluación de los precandidatos del PRI que el propio par-

tido en el poder (EXCELSIOR, 15 de mayo). Toda la situación es ya insostenible, y a nivel internacional le ha acarreado al PRI —y al sistema que sustenta— un descrédito que va en aumento.

Es una lástima que, pese a los innegables cambios que ha sufrido el entorno político en México, los dirigentes del sistema insisten en comportarse como si entre 1958 y 1987 nada hubiera pasado. Sólo el terrible peso de la inercia les va a permitir salirse con la suya esta vez, pero quien quiera que asuma la jefatura de este país el año entrante, hará bien en aceptar que el estilo de su elección no deberá volverse a repetir, por obsoleto. Insistir en lo contrario sería comprometer a todo el sistema, pues los mecanismos sucesorios son una de las piezas clave de cualquier sistema político. Así pues, es hora de dar vuelta a la página que en relación a la sucesión empezó a escribir Ruiz Cortines.